

¿Nueva literatura social?

COMPLICIDADES

Carlos Marzal

En los últimos meses algunos críticos literarios —o algunos escritores que de vez en cuando ejercen también como críticos— han apuntado la necesidad de una «nueva literatura social», y han creído olfatear en el aire de los tiempos algunos signos de que la poesía camina hacia ese ámbito.

Quien sabe: la poesía, la buena poesía, se encaminará, como lo hace siempre, hacia donde la encaminen los buenos poetas con sus buenos poemas. Al margen de las consignas, al margen de las inclinaciones y las tendencias de la época. No hay mejor sistema para pasar muy pronto de moda que intentar seguirla. Siempre existen los autores

chirles que, antes de ponerse a escribir, piensan en qué es lo que el mundo puede necesitar, antes de pensar qué necesita él para explicarse el mundo y para explicarse hacia el mundo.

La literatura con intenciones y consecuencias civiles no es que haya existido siempre: es que no puede dejar de existir, porque la literatura, por definición, es un asunto civil. Es decir, una creación del individuo, destinada al individuo —al mayor número de ellos—, y la sociedad, el universo civil, mientras no se demuestre lo contrario, es la suma de los individuos que los componen. En cierto sentido, decir «literatura social» constituye una redundancia. Como hablar de «poesía de la experiencia», y tantas otras cosas superfluas.

El problema de la literatura social, nunca ha sido lo social, sino la literatura. El pro-

blema de cualquier adjetivación que se adunte al sustantivo literatura lo plantea el adjetivo, pero no reside en él. Literatura femenina, literatura negra, literatura homosexual, literatura costarricense. En el caso de existir esas variedades de la literatura —algo que está por demostrar—, importa muy poco. Al menos importa muy poco para la Literatura con mayúscula, para la tradición de la alta literatura universal, que sólo se preocupa de lo que tiene verdadera calidad literaria, sin pararse a pensar en qué sección de la estantería debe colocarse.

La preocupación por lo social —o, llamémoslo por su nombre verdadero, porque a eso suelen referirse quienes hablan de literatura social: la preocupación por lo político— parece que debería ser prioritaria en la España del presente. Pero lo cierto es que podría haberlo sido en cualquier otro momento. No ha dejado de haber jamás en el mundo violencia, corrupción, guerras, injusticia social. La inclinación del artista hacia esos u otros temas de interés es un asunto del temperamento del artista, de su

La única forma que posee un escritor para resultar social, siempre, al margen de circunstancias cronológicas particulares, consiste en hacer gran literatura

apetito concreto. Nunca debe ser una imposición de época, porque no hay nada más pasajero ni caduco que los «aires de época».

En mi juventud sufrí un empacho de literatura social que tenía muy poco de literatura, y, por fortuna, quedó vacunado contra ella. Lo peor que se podía decir de un escritor era que no resultaba «comprometido» (cuando se pretendía afeer el escaso contenido político de su obra). Sin embargo, el único compromiso al que no puede faltar un artista es al de la calidad de su trabajo: sin demagogia, sin puerilidad política, sin *buenismo* sociológico. La única forma que posee un escritor para resultar social —siempre, al margen de circunstancias cronológicas particulares— consiste en hacer gran literatura.

Protagonista Daniel Defoe

HISTORIADOR Y ESCRITOR

pd

Posdata

Editorial Prensa Valenciana, S. A.
Coordinación: María Tomás
levante.posdata@epi.es

El creador de *Robinson Crusoe* publicó en 1726 esta *Historia del Diablo* cargada de humor negro, en la que defiende el papel de Satanás en el destino político de Occidente. Para Defoe, el Diablo es el «principal representante de la fe cristiana por delante del Papa».



DANIEL DEFOE
Historia del Diablo
▶ Traducción de José Viana
▶ CAPITAN SWING, 2012

La historia política del Demonio

Historia

PER REINHARD HUAMÁN MORI

■ Ocurre a menudo que, cuando a un autor le cuelgan el rótulo de *clásico*, entra en un limbo en el que nadie lo lee, pero todos aseguran lo contrario. Tal vez lo peor no sea eso, sino reducir la obra de toda una vida a un par de títulos memorables. El daño se agrava cuando algunas editoriales relegan a la sección infantil a autores que en su momento nada tuvieron que ver con las taxonomías actuales. Se me vienen alamente nombres como **Esopo**, **Robert Louis Stevenson** o **Daniel Defoe**, este último autor de más de 500 títulos, entre ellos, la fascinante *Historia del Diablo*, escrita en 1726 e injustamente sepultada bajo la sombra de su *Robinson Crusoe*.

En realidad, esta obra no es ninguna loa o reivindicación a la figura del Demonio ni es un libro cargado de esoterismo y misterio. Es más bien una revisión del devenir político de la humanidad, de la que el Diablo ha sido también coprotagonista. De hecho, Defoe la tituló originalmente *The Political History of the Devil*, en donde la ironía y el humor negro se funden con su visión más realista y crítica de la época que le tocó vivir.

El libro está dividido en dos grandes secciones y lo que acapara la atención de la primera son los ataques contra **John Milton**, en concreto, contra su célebre *Paradise Lost*.

Para Defoe, la idea de que Satanás tiene crucial participación en el destino político de Occidente es indiscutible. Observamos que su postura es de defensa hacia el Diablo y, aunque no lo diga expresamente, simpatiza con su figura. Defoe se toma muy en serio su papel de historiador, pecando de ser muy literal y, pese a reconocer la grandeza de Milton, condena la libertad poética de la que este se ha servido para la composición de su poema. Como contrapartida, él mismo como historiador es muy receloso con sus fuentes, nunca las menciona: solo una atenta lectura nos revela que sus conjeturas se basan, primordialmente, en la Biblia y —casualidades de la vida— en el *Paraíso Perdido*.

Otro gran blanco de sus ataques son los católicos, contra quienes descarga todo su sarcasmo, no olvidemos su acérrima afiliación presbiteriana. Su rechazo es frontal y contundente contra las cruzadas o contra cualquier otro genocidio perpetrado en nombre de Cristo, pues lo único que ha generado ha sido mortandad y empobrecimiento. De ahí que la lógica de Defoe, en un alarde de humorismo, señale que el principal representante de la fe cristiana en el mundo no es el dero ni el Papa, sino el propio Diablo. Es innegable, además, el dominio y el gran conocimiento de las fuentes bíblicas que exhibe en las páginas de su *Historia*. Su amplia cultura literaria, así como su experiencia en temas políticos, le posibilitan la tarea de ofrecerle al lector un detallado estudio del Demonio, repasando la etimología de su nombre o preocupándose en explicarle al lector la estratificación militar de sus hordas y legiones.

En la segunda sección, el autor se libera de

su vestimenta de historiador, de esa cursi rigidez y se torna más sarcástico. La severa literalidad con la que juzga a Milton se transforma en ironía y se burla de las instituciones, incluso del pueblo, tildándolo correctamente de «cerebros débiles». Apreciamos cómo el libro gana matices gracias al espléndido manejo del humor que caracteriza sus reflexiones. Otro de los puntos centrales es cómo el ser humano se ha alejado de la virtud y de la mano de su creador para acercarse, sin advertirlo, al bando contrario. El hombre, entonces, es un empleado que trabaja sin gratificación ni compensación alguna, pues su propia naturaleza le facilita la labor: «Es tan astuto incluso en la gobernación de los hombres débiles, que cuando ellos creen servir a Dios, no hacen más que servir al Diablo». El punto más álgido de su humor negro lo encontramos en aquellos capítulos en los que analiza la pezuña de Satanás. Incluso llega a preguntarse quién es más nocivo, si el Diablo con pezuña o la pezuña sin el Diablo. De hecho, en la tradición popular la figura del diablo cojuelo es muy importante, pero aquí Defoe le da la vuelta a esta creencia y la tiene como un innegable pretexto para desplegar su irónico repertorio: la pezuña ha sido objeto de culto y de temor entre los diversos pueblos, incluso ha fungido de oráculo o de herramienta mágica que todo lo resuelve.

Uno de los grandes acertijos de este libro es que se nos revela muy cercano a nuestros tiempos. Básicamente, porque el hombre es el mismo puñado de carne y avaricia en cualquier época de la historia. Lo que sí es muy criticable, pero esto escapa a la competencia de Defoe, es que la editorial ha rescatado la traducción que hiciera **José Viana** en 1930, en vez de proporcionarle al lector una nueva y más actual. Sorprende, en todo caso, que esta reedición no cuente ni siquiera con un breve prefacio o con alguna nota al pie, pues es mucha la información que genera Defoe, en especial, la conceniente a su época y a sus personajes, pues muchos de ellos son los blancos hacia donde van dirigidos sus dardos.

Sea como fuere, la lectura de este libro es un ejercicio de limpieza interna, sobre todo en estos momentos, en los que la historia no debe olvidarse nunca.

